

# Las Mujeres en la Historia Militar de los EE.UU. de 1776 a 1918

Capitan (R) Stephen C. Small, Ejército de EE.UU.

**L**OS HISTORIADORES militares y en general, los eruditos de la historia han prestado muy poca atención a la historia de las mujeres que prestan servicio militar en las Fuerzas Armadas de los EE.UU. o que desempeñan misiones en el arte castrense. Esta marginalización de la historia de las mujeres es especialmente desafortunada, porque las mujeres siempre han sido una parte (ya sea oficial o particular) de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. En ocasiones, las mujeres han desempeñado misiones de apoyo; en otras, el de combatientes. Las mujeres de los EE.UU. han demostrado su valor e idoneidad como guerreras en todas las guerras en que han combatido los EE.UU.

Mientras efectuaba un estudio literario sobre el tema de las mujeres y sobre las mujeres guerreras en las fuerzas militares estadounidenses, quedé estupefacto al enterarme de lo poco que se ha escrito sobre el aporte de las mujeres estadounidenses a las Fuerzas Armadas. Esta omisión es curiosa porque desde 1776 y hasta 1918, las mujeres sirvieron como militares o con los militares en una diversidad de funciones, entre éstas, las de enfermeras, médicas, lavanderas, armadoras de armamentos y combatientes. Esta historia es particularmente importante porque demuestra la diversidad de trabajos — pocos de los cuales se adaptan a las expectativas de la sociedad — que han desempeñado las mujeres en la profesión de las armas.<sup>1</sup>

En 1776, los militares estadounidenses eran poco más que una diminuta fuerza regional. En 1918, se habían desarrollado hasta convertirse en una madura potencia mundial. Al terminar la Primera Guerra Mundial, los líderes militares tuvieron que aceptar a regañadientes la participación de la mujer en calidad de militar, y no necesariamente como una opción en tiempo de crisis sino, más bien como una parte necesaria de las Fuerzas Armadas estadounidenses digna de respeto y de recuerdo.<sup>2</sup>

## La Guerra Revolucionaria

Durante la Revolución en los EE.UU., el Ejército era una institución que se componía en su mayoría de hombres. Gran parte de los soldados eran jóvenes y más de unos cuantos eran sólo muchachos. Oficialmente, el Ejército era una institución que no estaba integrada racialmente. La mayoría de los soldados eran hombres blancos, más de 5.000 hombres de la raza negra se alistaron en el Ejército o en la milicia durante la Guerra Revolucionaria. Otro centenar de ellos prestó servicio en la Armada.<sup>3</sup>

Las exigencias de la guerra también causaron una interrupción en la tradición de que sólo los hombres podían prestar servicio militar. Al terminar la guerra en 1783, más de 20.000 mujeres habían dado apoyo, sustento o servicio a los militares. Si bien las mujeres no eran parte oficial de los militares, ellas fueron un elemento vital para la victoria militar.<sup>4</sup> Ayudaron a mantener el Ejército unido. El Ejército era el meollo de la resistencia y era vital para la causa de los patriotas. No obstante, la desertión fue uno de los retos más enconados que tuvo que afrontar el jefe de las tropas, el general George Washington. Los prolongados períodos de privaciones, el alimento insuficiente y el vestuario inadecuado con frecuencia causaron la desertión. Durante el crudo invierno en Valley Forge, las deserciones alcanzaron proporciones de crisis. Durante un período especialmente deprimente, llegaron varios vagones grandes cargados de alimentos. Diez mujeres habían afrontado el aciago invierno y los malos caminos para entregar toneladas de alimentos muy costosos al extenuado Ejército.<sup>5</sup> Las mujeres ayudaron a detener la ola de deserciones cuando se pusieron a cortar leña, cocinar, construir refugios y dar cuidados de enfermería a los heridos o enfermos para ayudarles a recuperar la salud. En una ocasión, Washington recalcó que sin

las mujeres en el Ejército, muchos hombres hubieran desertado.<sup>6</sup>

Para las mujeres que acompañaron al Ejército, la vida fue difícil y peligrosa. Casi no se hicieron o tomaron provisiones para protegerlas. Prácticamente, ellas dependían de sus esposos, quienes también eran soldados. A veces se les permitía que se montaran en los vagones que llevaban el equipaje, pero, salvo eso, casi no se les concedía ninguna otra concesión.<sup>7</sup>

Pocas mujeres sirvieron directamente como combatientes. Sin embargo, algunas combatieron por necesidad o porque así lo eligieron. Molly Hays fue guerrera porque se inspiró en las circunstancias. Durante la Batalla del Palacio de Justicia de Monmouth (Freehold, Nueva Jersey) a finales de junio de 1778, tuvo lugar un cruento duelo de artillería entre las fuerzas estadounidenses y las británicas. El día era caluroso. Las temperaturas subieron hasta 100 grados. Mientras los artilleros estadounidenses cargaban y disparaban sus cañones repetidamente, las mujeres les traían agua para beber. Una de estas mujeres fue Molly Hays, la esposa de un soldado de artillería.<sup>8</sup> A medida que Molly le daba agua a la dotación del cañón, una munición estalló en medio del grupo y mató o hirió seriamente a todos los hombres. Molly puso a un lado el recipiente de agua, recogió el cargador, cargó el cañón con balas y disparó. A pesar del nutrido fuego que lanzaba el enemigo contra la posición, Molly mantuvo el ritmo del fuego hasta que llegaron reemplazos.<sup>9</sup>

En otro incidente, a medida que los británicos atacaban el Fuerte Washington (Cincinnati, Ohio), Margaret Corbin sirvió como tiradora de artillería cuando recibió heridas graves. Los oficiales del fuerte tomaron nota de las acciones heroicas de Corbin. En 1779, el Congreso Continental otorgó a Corbin una pensión por incapacidad y aprobó una resolución en su honor que reza así: “Queda dispuesto que Margaret Corbin, quien recibió heridas de gravedad y quedó incapacitada en la batalla del Fuerte Washington mientras disparaba una pieza de artillería y a la vez que heroicamente reemplazó a su esposo cuando éste cayó a su lado, abatido por el fuego de las armas, reciba durante el curso de su vida natural, o mientras continúe su incapacidad, la mitad del sueldo mensual que recibe un soldado en el servicio de estos Estados; y que por hoy, se le entregue un juego completo de vestuario, o el valor del mismo en dinero en efectivo.”<sup>10</sup>

Algunas mujeres no esperaron que el destino les diera la oportunidad de combatir. Muchas mujeres se disfrazaron de hombres con el fin de combatir. Deborah Samson se unió al 4º Regimiento de Massachusetts, y prestó servicio bajo el nombre de Robert Shirtliffe. Samson prestó servicio militar en el Ejército por tres años. Cuando recibió una herida grave en el muslo, un

**La guerra presentaba sus propios retos especiales para las mujeres que no tomaron parte activa en ella. Una característica de los gobiernos locales es que fallaron en dar ayuda a las esposas e hijos de los soldados, coyuntura que exclusivamente llevó a las mujeres a responsabilizarse de mantener el hogar. Las circunstancias obligaron a las mujeres a pedir que sus esposos e hijos fueran devueltos a sus hogares. En 1778, la esposa de un soldado escribió: “[Estamos] sin pan, y no podemos obtenerlo, el Comité no me abastecerá, mis hijos se morirán de hambre, o si no, se congelarán, no tenemos leña, ni tampoco podemos obtener ninguna. Imploramos que los envíen de vuelta a casa.”**

cirujano descubrió que trataba a una mujer, y calladamente se le dio de baja.<sup>11</sup>

La guerra presentaba sus propios retos especiales para las mujeres que no tomaron parte activa en ella. Una característica de los gobiernos locales es que fallaron en dar ayuda a las esposas e hijos de los soldados, coyuntura que exclusivamente llevó a las mujeres a responsabilizarse de mantener el hogar. Las circunstancias obligaron a las mujeres a pedir que sus esposos e hijos fueran devueltos a sus hogares. En 1778, la esposa de un soldado escribió: “[Estamos] sin pan, y no podemos obtenerlo, el Comité no me abastecerá, mis hijos se morirán de hambre, o si no, se congelarán, no tenemos leña, ni tampoco podemos obtener ninguna. Imploramos que los envíen de vuelta a casa.”<sup>12</sup>

En vista de que la necesidad obligaba a estas mujeres a responsabilizarse de las obligaciones de sus esposos, éstas afrontaron muchos nuevos retos. Administraron fincas, tomaron parte activa en la política, recogieron municiones y, en ocasiones, ayudaron a defender a sus familias contra las incursiones de los Indios.

En el Condado de Burke, en Carolina del Norte, las mujeres ayudaron a la defensa contra los ataques que lanzaron los Indios. Los Indios que recibían abastos de los británicos, amenazaban a las familias cuyos padres,

**En la parte oriental de los EE.UU., las mujeres que en ese entonces vivían cerca o con el Ejército, generalmente eran consideradas mucho mejores que las mujeres del Viejo Noroeste. Sin embargo, las mujeres que residían cerca o en los campamentos del Ejército o de los fuertes militares estaban sujetas al mando disciplinario militar del comandante. En 1795, Patty Toomey recibió 20 latigazos en su espalda desnuda por haber regresado a West Point (la academia militar de los EE.UU) tras haber sido expulsada por conducta desordenada. (Cuando se le aplicó el castigo, se tomaron precauciones para no lastimarle los senos con el látigo.)**

hijos y hermanos combatían en la guerra. A medida que empeoraba la situación, se enviaron algunos pequeños destacamentos de soldados para que facilitaran el traslado de familias a un fuerte cercano. Durante el traslado, un grupo de Indios que efectuaba una incursión atacó una columna de soldados, de mujeres y de niños. Los soldados rodearon a los refugiados a la manera de un cuadro y colocaron a los refugiados en el centro del mismo cuadro. Pronto la pólvora de los soldados se había agotado. El grupo se salvó porque una de las mujeres, que se había guardado una buena cantidad de la tan necesitada pólvora, procedió a distribuirla entre los soldados. Colocando la pólvora en su delantal, se acercaba a cada uno de los hombres y vaciaba cierta cantidad de la misma en el interior del sombrero de cada uno de los hombres. Los soldados pudieron sostener el fuego por el tiempo suficiente para disuadir a los Indios que cesaron el ataque. La actitud desafiante de la mujer bajo el rigor del fuego fue la que salvó a los soldados y a sus compañeros refugiados.<sup>13</sup>

Algunas mujeres que tomaron parte activa en la política adoptaron una posición de agitadoras políticas y se unieron a organizaciones patrióticas tales como las Hijas de la Libertad. A la inversa de sus homólogos, los Hijos de la Libertad, cuyo objetivo consistía en sabotear al Ejército británico, las Hijas de la Libertad se de-

dicaban a boicotear los productos británicos y a los comerciantes locales que vendían té y otros artículos importados. En ocasiones, algunas mujeres fueron más allá de la pasividad y atacaron físicamente a los comerciantes de quienes se creía que acaparaban los productos que eran escasos y que trataban de hacer súbitas ganancias.<sup>14</sup>

A medida que la Revolución continuaba, el Ejército gastó grandes cantidades de pólvora y de cartuchos de armas de pequeño calibre. De 1779 a 1780, el comisario general contrató a hombres y mujeres para que hicieran cartuchos para fusiles. Las mujeres combinaron los trabajos domésticos con la tarea de hacer municiones mientras trabajaban en sus propias casas, y los hombres se dedicaban a trabajar en los laboratorios. La calidad del trabajo que hacían las mujeres era excelente, ya que su destreza para las manualidades les permitía hacer cartuchos de calidad superior.<sup>15</sup>

## **Período Posterior a la Revolución**

Al terminar la guerra, mucho del progreso logrado por las mujeres se desvaneció. Las oportunidades para trabajar fuera del hogar escasearon. Los patrones culturales continuaron determinando qué clase de trabajo debían desempeñar el hombre y la mujer.<sup>16</sup>

En la frontera, la necesidad continuó desvaneciendo las distinciones sociales entre el varón y la mujer. Las mujeres de la frontera tenían que cargar fusiles y combatir lanzando disparos o defenderse con garrotes. La sobrevivencia eficaz desterró el lujo de erigir barreras sociales.

A finales de 1780, estalló una violenta guerra con los Indios del Viejo Noroeste. Los líderes Indios con el respaldo de los británicos decidieron tirar una línea de demarcación en el río de Ohio entre los colonizadores y los Indios, y estalló la guerra.

Para 1790, la matanza había alcanzado proporciones ilimitadas. El Secretario de Guerra Henry Knox ordenó que se enviara a la frontera una expedición sin cuartel. La expedición fue rechazada, y acto seguido, George Washington nombró al general de división Arthur St. Clair, gobernador del Territorio del Noroeste, para que volviera a intentar subyugar a los Indios.<sup>17</sup>

En noviembre de 1791, St. Clair partió del Fuerte Washington con 2.700 hombres que iban acompañados de 200 mujeres. El Ejército de St. Clair se componía, en su mayoría, de milicianos inexpertos, muchos de los cuales huyeron cuando atacaron los Indios. El resto luchó lo mejor que pudo, y las mujeres lucharon a la par de los hombres.<sup>18</sup> La derrota de St. Clair figura como el peor desastre en las acciones hostiles estadounidenses hasta la Batalla de *Little Big Horn* en 1876. Un tercio de la fuerza de St. Clair murió o fue capturado. En la expedición mencionada sobrevivieron unas cuantas

Una mujer patriota ayuda a una escuadra de artillería a cargar un cañón durante la batalla de Monmouth, en el año 1778.



Foto: Departamento de Defensa

**Pocas mujeres sirvieron directamente como combatientes. Sin embargo, algunas combatieron por necesidad o porque así lo eligieron. Molly Hays fue guerrera porque se inspiró en las circunstancias. Durante la Batalla del Palacio de Justicia de Monmouth (Freehold, Nueva Jersey) a finales de junio de 1778, tuvo lugar un cruento duelo de artillería entre las fuerzas estadounidenses y las británicas. El día era caluroso. Las temperaturas subieron hasta 100 grados. Mientras los artilleros estadounidenses cargaban y disparaban sus cañones repetidamente, las mujeres les traían agua para beber.**

mujeres, o, si fueron capturadas, eran sometidas a igual castigo que los hombres, torturadas hasta la muerte por sus captores.<sup>19</sup>

En la parte oriental de los EE.UU., las mujeres que en ese entonces vivían cerca o con el Ejército, generalmente eran consideradas mucho mejores que las mujeres del Viejo Noroeste. Sin embargo, las mujeres que residían cerca o en los campamentos del Ejército o de los fuertes militares estaban sujetas al mando disciplinario militar del comandante. En 1795, Patty Toomey recibió 20 latigazos en su espalda desnuda por haber regresado a West Point (lugar donde se encuentra la Academia Militar de los EE.UU.) tras haber sido expulsada por conducta desordenada. (Cuando se le aplicó el castigo, se tomaron precauciones para no lastimarle los senos con el látigo.)<sup>20</sup>

## La Guerra de 1812

Más de 527.000 hombres prestaron servicio militar en la milicia durante la Guerra de 1812. El Ejército regular quedó reducido a un diminuto grupo de 6.700

hombres. Pocas mujeres prestaron servicio militar en carácter oficial. Como siempre, hubo excepciones a esta regla general.<sup>21</sup> Para algunas mujeres, tomar parte activa en el combate no fue cuestión de elección. En su afán por encontrar protección para ellas y para sus familias, las mujeres a veces se veían obligadas a buscar refugio en los fuertes del Ejército. Cuando los fuertes militares eran atacados, las mujeres automáticamente pasaban a ser parte de la guarnición que efectuaba la defensa. En algunos casos cuando el fuerte caía en manos enemigas, las mujeres compartían la misma suerte de los soldados, es decir, la muerte o captura.

En agosto de 1813, durante una de las peores masacres que figuran en la historia militar de los EE.UU., las mujeres padecieron encarnizados ataques. El jefe indio Peter McQueen reunió 800 bravos *Creek* para que lanzaran un ataque contra el Fuerte Mims (40 millas al norte de Mobile, Alabama). Un grupo de 265 hombres y mujeres, 175 de las cuales eran miembros de la milicia armada se encontraban bajo la responsabilidad del mayor Daniel Beasley. La seguridad del fuerte militar era

**Durante la Guerra Civil, algunas mujeres acabaron con la tradición, al adoptar posturas de combate. Madame Truchin, la hija de un oficial del Ejército ruso, había sido creada en campamentos militares. A temprana edad, adquirió profundos conocimientos de la profesión castrense. Había contraído nupcias con un coronel del Ejército de los EE.UU., y decidió acompañar a su esposo cuando las tropas marcharon hacia Tennessee. El coronel Truchin cayó gravemente enfermo, y durante su convalecencia, Madame Truchin asumió los deberes de su esposo y desempeñó el cargo de comandante interina del regimiento.**

mala. Una de sus entradas no podía cerrarse a causa de la arena movediza. Cuando Beasley falleció, trataba de asegurar una puerta abierta y los Indios lo atacaron a hachazos. Salvo por 15 hombres negros, que más tarde los Indios vendieron como esclavos, la mayor parte de los hombres cayeron bajo el fuego de los Indios. Asimismo, murieron todas las mujeres.<sup>22</sup>

## **La Guerra con México**

Al terminar la Guerra de 1812, los militares de los EE.UU. fueron reducidos a un mínimo. El número de oficiales y hombres rara vez excedía a los 10.000. En 1846, durante la guerra con México, el número de tropas pasaba ligeramente de 44.000 y había pocas oportunidades para que las mujeres tomaran parte activa en el servicio militar. Sin embargo, muchas mujeres trabajaban en arsenales de propiedad del gobierno, y manufacturaban municiones y armas de pequeño calibre.<sup>23</sup>

Al principio de la Guerra Mexicana-Americana, las mujeres ejercieron mucha influencia. El 3 de mayo de 1846, después que el Presidente James Polk envió tropas al sur de Texas, el Ejército mexicano cruzó el Río Grande, entró al área en disputa y levantó un sitio contra el Fuerte Texas.<sup>24</sup>

El capitán Edgar Hawkins dirigía la defensa del fuer-

te. Las mujeres que habían encontrado refugio en el fuerte dieron apoyo vital durante el sitio. Durante tres días, cargaron fusiles, sofocaron los incendios y dieron cuidados a los heridos. Cuando se levantó el sitio, el general Zachary Taylor le dio a Sarah Borginis el rango de coronela honoraria por su dedicada participación en la defensa del fuerte militar.<sup>25</sup>

## **La Guerra Civil**

En abril de 1861, cuando el Fuerte Sumter en Carolina del Sur fue bombardeado, pocos dirigentes políticos (del Norte o del Sur) vieron que la rebelión sureña tenía visos de convertirse en un conflicto armado prolongado. Entre los líderes militares de la Unión, Winfield Scott, general en jefe y responsable del Ejército de la Unión, reconoció que para sofocar la rebelión se necesitaría tiempo y recursos. Sin embargo, su apreciación de la situación no tuvo mucha acogida de parte del Presidente Abraham Lincoln. En noviembre de 1861, el achacoso Scott se retiró de las Fuerzas Armadas a una edad avanzada. Fue reemplazado por el general George B. McClellan. Scott tuvo toda la razón; el conflicto se prolongó por cuatro años, costó miles de vidas y consumió cantidades increíbles de recursos materiales.<sup>26</sup>

En forma comparable a las prácticas pasadas y futuras, entre más se escalaba y se prolongaba la guerra, los líderes militares miraban a la mujer como un recurso importante cuando el potencial humano estaba a punto de agotarse. En la Guerra Civil, de nuevo la necesidad y no la igualdad, creó las tareas que ejecutarían las mujeres. Nuevamente las mujeres prestaron servicio militar en un estado casi militar sin que se le concedieran beneficios de rango o de veteranos. Miles de mujeres (y hasta niños) trabajaron en arsenales de propiedad del gobierno y en fábricas de armas para ayudar a manufacturar cantidades substanciosas de municiones. Para responder a la demanda insaciable de municiones, a menudo los horarios de trabajo comenzaban a las 0630 horas y terminaban a las 1030 horas, siete días semanales.<sup>27</sup> Entre 1861 y 1865, más de 100.000 mujeres tomaron parte activa en el trabajo de fábrica de material bélico.<sup>28</sup>

Las mujeres también ejercieron mucha influencia en los servicios de apoyo de sanidad y de socorro. Sirvieron en calidad de enfermeras y organizaron grupos para dar alimento y vestuario a los soldados. Asimismo, ayudaron a aliviar el sufrimiento de los combatientes y de los refugiados desplazados. Al comenzar la guerra, más de 3.000 mujeres de Nueva York dieron servicios de sanidad y de enfermería a los soldados. La Dra. Elizabeth Blackwell, la primera mujer estadounidense que obtuvo un grado en medicina, dirigió esta iniciativa. Por su apoyo y habilidades para organizar, se creó la Asociación Central de Mujeres para Fines de Socorro. Imponiendo el orden en medio del caos, la asociación coor-



Foto: Library of Congress

**En 1861, la Asociación Central de Mujeres fue el elemento principal en la fundación de la Comisión Sanitaria de los EE.UU. El excelente liderazgo de la Superintendente, Dorothea Dix, contribuyó a coordinar el cuidado propiciado a los soldados de la Unión, contrató el personal y abasteció a los hospitales, y además, organizó el transporte de los heridos. Las mujeres recibieron una mínima compensación monetaria.**

dinó los esfuerzos de numerosas sociedades de socorro, circunstancia que ayudó a que los soldados recibieran los alimentos y el vestuario de acuerdo con el clima y también las medicinas.<sup>29</sup>

En 1861, la Asociación Central de Mujeres fue el elemento principal en la fundación de la Comisión Sanitaria de los EE.UU. El excelente liderazgo de la Superintendente, Dorothea Dix, contribuyó a coordinar el cuidado propiciado a los soldados de la Unión, contrató el personal y abasteció a los hospitales, y además, organizó el transporte de los heridos. Las mujeres recibieron una mínima compensación monetaria. El Cuerpo de Relevo en la Comisión Sanitaria en Campaña recibía \$12.00 (moneda de EE.UU.) mensuales, pero tenía que trabajar día y noche para aliviar la agonía y la incomodidad de los hombres enfermos y heridos.<sup>30</sup>

Los retos que afrontaban las mujeres del norte del país fueron verdaderamente horribles, pero las muje-

res sureñas enfrentaron aún más horrores. Kate Cumming, una enfermera con el Ejército de Tennessee, describió su sitio de trabajo: “Los hombres que habían padecido mutilaciones en todos sus órganos, se encontraban acostados en el piso, justo como los recogían del campo de batalla; tan cerca uno del otro que era casi imposible caminar sin pisarlos... [Siempre] que les dábamos socorro, nos arrodillábamos en sangre y agua.”<sup>31</sup>

Durante la Guerra Civil, algunas mujeres acabaron con la tradición, al adoptar posturas de combate.<sup>32</sup> Madame Truchin, la hija de un oficial del Ejército ruso, había crecido en campamentos militares. A temprana edad, adquirió profundos conocimientos de la profesión castrense. Había contraído nupcias con un coronel del Ejército de los EE.UU., y decidió acompañar a su esposo cuando las tropas marcharon hacia Tennessee. El coronel Truchin cayó gravemente enfermo, y durante su convalecencia, Madame Truchin asumió los deberes de

**Al concluir la Guerra Civil, el Ejército se desmovilizó rápidamente. Durante los años que siguieron a la Guerra Civil, miles de mujeres se unieron a sus esposos que también eran soldados, quienes fueron destacados a desempeñar funciones de vigilancia al dirigirse a los estados al oeste del Río Mississippi. El gobierno no tomó las medidas necesarias para proteger a las mujeres, ni solteras ni casadas. Las mujeres más pobres ganaban parte de su vida remendando uniformes o servían como lavanderas. Muchas mujeres dependían solamente de la amistad de un soldado o del apoyo del esposo para subsistir.**

su esposo y desempeñó el cargo de comandante interina del regimiento. Los hombres obedecieron sus órdenes, y en las batallas que siguieron, a veces dirigió a los hombres en el ataque. En el campo de batalla, sus acciones también ganaron la reputación de que fueron muy valiosas, aún cuando ella estaba sujeta al fuego nutrido del enemigo.<sup>33</sup>

Kady Brownell también sirvió como combatiente. Brownell, la hija de un soldado británico, también había crecido en un campamento del Ejército. Cuando era joven, practicaba diariamente el tiro con las armas. Se casó con un sargento ordenanza estadounidense, y tomó parte en la batalla de *Bull Run*, manteniéndose al pie de las banderas y sosteniendo su posición aún cuando muchos hombres se habían retirado.<sup>34</sup>

Bridget Divers, que acompañó a su esposo al campo de batalla junto con la 1ª Brigada de Michigan, pronto ganó una reputación de temeraria, audaz y de tener la habilidad para rescatar a los soldados heridos. En el combate, se le conoció por ser tan tenaz como el mejor de los hombres. Después de la guerra, acompañó a un regimiento regular del Ejército y vivió en un fuerte militar cerca de las Montañas Rocosas.<sup>35</sup>

Al concluir la Guerra Civil, el Ejército se desmovilizó rápidamente. Durante los años que siguieron a la Guerra Civil, miles de mujeres se unieron a sus esposos que también eran soldados, quienes fueron destacados a desempeñar funciones de vigilancia al dirigirse a los esta-

dos al oeste del río Mississippi.<sup>36</sup> El gobierno no tomó las medidas necesarias para proteger a las mujeres, ni solteras ni casadas. Las mujeres más pobres ganaban parte de su vida remendando uniformes o servían como lavanderas. Muchas mujeres dependían solamente de la amistad de un soldado o del apoyo del esposo para subsistir.<sup>37</sup>

Los destinos de los esposos que a la vez eran soldados siempre eran motivo de cuestionamiento cuando las tropas se adentraban en territorio de los Indios. Sin embargo, las que quedaron atrás también tuvieron que afrontar el miedo y la incertidumbre. A algunas mujeres se les dieron pistolas y se les aleccionó para que aprendieran a disparar, asimismo a sus niños, en caso que los Indios arremetieran para acabar con el fuerte militar.<sup>38</sup>

A pesar de los vínculos que resultaban de compartir el sufrimiento en los puestos militares, las mujeres (y los hombres) estaban divididos por clase. Las esposas de los oficiales se comportaban como damas de la época de la Reina Victoria. Las esposas de los que no eran oficiales y otras mujeres de la clase trabajadora tenían que hacer frente a los sueldos tan malos y a las malas condiciones. Las esposas de los oficiales a menudo adoptaban el rango de sus esposos, y hacían gala del mismo como si se tratara de la estirpe social.<sup>39</sup> Sin embargo, hasta para las esposas de los oficiales, la vida en la frontera era dura y arriesgada. Martha Summerhayes, la esposa de un capitán del 8º Regimiento de Infantería, describió sus experiencias como una “verdadera miseria”. Para muchas mujeres, la vida en el Ejército se asemejaba a cumplir una sentencia en la cárcel.<sup>40</sup>

## La Guerra Hispanoamericana

Ya bien avanzada la década que comenzó en 1890, los trabajos de las mujeres para mejorar su situación política cada vez adquirían mayor ímpetu. Las asociaciones de sufragistas libraban luchas en los estados a favor del voto de la mujer. Utah y Wyoming ya habían concedido a la mujer el derecho al voto, y la Unión de Temperancia Cristiana de las Mujeres atraía a miles de miembros nuevos.<sup>41</sup>

En el aspecto militar, al igual que en una sociedad civil más grande, las mujeres lograron grandes adelantos para obtener igualdad a la par de los hombres. Las tradiciones de antaño que permitían a las mujeres entrar al mundo masculino de los militares sólo en tiempos de crisis agudas estaban cambiando. En 1897, la Guardia Nacional de Missouri instituyó un programa singular que permitió a las mujeres estudiantes de la universidad estatal que organizaran una compañía compuesta de hombres y mujeres. Un oficial regular del Ejército adiestra a la compañía. Un oficial, Enoch Crowder, hasta permitió que las mujeres ejecutaran ejercicios en orden cerrado sin que usaran corpiños.<sup>42</sup>

En 1898, con las tropas españolas en Cuba, volvió a surgir el orgullo nacional en los EE.UU., el chauvinismo y la opinión pública convencieron al Presidente William McKinley que a regañadientes le pidiera al Congreso que presentara una serie de exigencias ante la Reina Regente de España. La reacción española a este ultimátum consistió en una declaración de guerra.<sup>43</sup> De nuevo, la guerra serviría para acelerar el progreso de la mujer estadounidense hacia la igualdad profesional.

La Guerra Hispanoamericana creó la necesidad de disponer de enfermeras militares. Al comenzar la guerra, hubo un brote de epidemia de fiebre tifoidea en los campamentos del Ejército. A la vez que el combate acababa con 356 vidas, la tifoidea acababa con miles. De la misma manera que la tifoidea exterminaba a los soldados, también causaba escasez de personal entre los enfermeros varones. De nuevo, la necesidad imperó sobre la tradición y dio a las mujeres la oportunidad para apoyar a los militares.<sup>44</sup>

Por la primera vez en la historia del Ejército, se contrató un gran número de mujeres para que sirvieran como enfermeras contratadas en hospitales militares. En septiembre de 1898, más de 1.100 mujeres trabajaban en pabellones de hospitales ubicados en regiones en ultramar y en los EE.UU. La doctora Anita Newcomb McGee llegó a ser la jefa del departamento de enfermeras.

A pesar del elevado número de enfermeras, el resultado beneficioso de esta innovación no se hizo sentir sino hasta que los hospitales del Ejército estaban a punto de cerrar sus puertas.<sup>45</sup> Una vez que las enfermeras entraron a prestar servicio, cayeron víctimas de las mismas condiciones que padecían los varones. Muchas de ellas contrajeron tifoidea y más de 12 fallecieron.<sup>46</sup>

## Período posterior a la Guerra Hispanoamericana

Como resultado del excelente servicio provisto por las enfermeras durante la Guerra Hispanoamericana, los líderes del Ejército y de la Armada finalmente tomaron las medidas para incluir oficialmente a las mujeres en las Fuerzas Armadas de los EE.UU. En 1901, el Congreso estableció el cuerpo de enfermería del Ejército, como un departamento secundario. Siete años más tarde, la Armada siguió el ejemplo sentado por el Ejército. En las décadas siguientes, como resultado de estas modificaciones, la profesión de enfermería militar prácticamente se constituyó en monopolio de las mujeres.<sup>47</sup>

Estas iniciativas validaron la urgente necesidad de contar con las mujeres en el servicio militar pero a pesar de ello, no concedieron a la mujer una condición militar completa. Las mujeres enfermeras no tenían ni rango ni cláusulas de sueldo equivalentes. Asimismo, no se les concedió los derechos a retiro militar y otros beneficios que normalmente se otorgan a los veteranos varones.<sup>48</sup>



Foto: Library of Congress

**La Primera Guerra Mundial fue la primera guerra durante la cual, las mujeres estadounidenses fueron autorizadas oficialmente para servir en cargos en que no tenían que ejercer como enfermeras. En vista de la necesidad y anticipando una escasez de hombres jóvenes para activarse en el servicio militar, el Secretario de la Armada Josephus Daniel ordenó que se reclutaran mujeres para servir como soldados en la retaguardia.**

## La Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial fue la primera guerra durante la cual las mujeres estadounidenses fueron autorizadas oficialmente para servir en cargos en que no tenían que ejercer como enfermeras. En vista de la necesidad y anticipando una escasez de hombres jóvenes para activarse en el servicio militar, el Secretario de la Armada Josephus Daniel ordenó que se reclutaran mujeres para servir como soldados en la retaguardia.<sup>49</sup>

Las mujeres también tenían el permiso para ejecutar trabajos de escribiente, algo que tradicionalmente lo hacían los hombres. Esta acción tenía el efecto dual de mejorar el apoyo administrativo para la Armada y de poder dedicar un número considerable de hombres a los trabajos propios de este servicio militar. Al Cuerpo de Infantería de Marina le agradó la idea de comenzar su propio programa en 1918. Sin embargo, las únicas mujeres a quienes se les permitió entrar al Ejército eran enfermeras.<sup>50</sup>

En 1918, el Comandante en Jefe de las Fuerzas Expedicionarias de los EE.UU., el general John Pershing, envió un cable al Departamento de Guerra de los

**A partir de la Guerra Revolucionaria hasta el momento de las reformas que sucedieron a la Guerra Hispanoamericana, las mujeres, en carácter de civiles, prestaron servicio militar. Esta situación cambió durante los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando los líderes militares estadounidenses finalmente concluyeron que las mujeres militares representaban un bagaje de talento y de competencia y que eran personas sumamente motivadas. El tema de las mujeres en las Fuerzas Armadas cambió desde entonces. Se han sostenido muy pocos debates formales sobre la decisión de determinar si las mujeres deberían servir en las Fuerzas Armadas. . .**

EE.UU., en el que pedía que se enviaran a Francia 1.500 enfermeras lo antes posible. El personal del Ejército padecía en ese entonces una grave epidemia de influenza, y en octubre del mismo año, casi 70.000 soldados habían padecido una forma severa de neumonía. El promedio de muerte entre los ciudadanos estadounidenses alcanzó un 32 por ciento del total de bajas sobre las cuales se informó y que representaba un 80 por ciento de los fallecidos en varias unidades de combate estadounidenses.<sup>51</sup> Al dar parte del excelente trabajo que hizo el personal de enfermería, tanto hombres como mujeres, Pershing se expresó así: “En repetidas ocasiones, el personal de enfermería se encontraba en o cerca de los campos de batalla durante períodos prolongados, y por tanto, estaban expuestos continuamente. Los trenes de abastecimiento de camiones y los trenes de ambulancias iban y venían a toda hora, y a menudo recibían el fuego de artillería.”<sup>52</sup>

Más de 10.000 mujeres enfermeras militares prestaron servicio militar en la Primera Guerra Mundial y un total de más de 34.000 prestaron servicio en el Ejército, la Armada, el Cuerpo de Infantería de Marina y el Servicio de Guardacostas.<sup>53</sup> Tres mujeres recibieron la Cruz por Servicios Distinguidos y 23 recibieron la Medalla por Servicios Distinguidos. Treinta y ocho mujeres fallecieron mientras prestaban servicio militar en ultramar, la mayor parte de este grupo falleció por enfermedad.<sup>54</sup>

## Otras Ideas

Al hacer un repaso de la literatura sobre los papeles que han desempeñado las mujeres en la historia militar de los EE.UU. a partir de 1776 hasta 1918, nos encontramos con tres tendencias generales. Primero, los militares se comportaron en forma ambivalente, si no hostil, con las mujeres en las Fuerzas Armadas, especialmente en tiempo de paz. Los estereotipos culturales dieron más vigor a las actitudes de los hombres hacia las mujeres en el servicio militar. Estas barreras creadas por la actitud limitaron el servicio que prestaban las mujeres en las Fuerzas Armadas en tiempo de guerra y casi totalmente imposibilitaron su ingreso a dichas fuerzas en tiempo de paz. En menor grado, estas actitudes también afectaron las industrias dedicadas a la defensa.

La segunda tendencia demuestra que los líderes militares de mayor jerarquía tendían a tolerar la participación de las mujeres en las Fuerzas Armadas en tiempo de guerra, pero no estaban dispuestos a admitir a las mujeres a prestar servicio militar en tiempo de paz. Los ejemplos de este cambio de actitud pueden encontrarse en todas las guerras en que han tomado parte los EE.UU. En realidad, la vida en la frontera nos abre una ventana para ver esta situación a manera de un microcosmo: la amenaza de las incursiones de los Indios exigían que todo miembro de familia se adiestrara en el uso de las armas, sin tomar en cuenta si era hombre o mujer.

A partir de la Guerra Revolucionaria hasta el momento de las reformas que sucedieron a la Guerra Hispanoamericana, las mujeres, en carácter de civiles, prestaron servicio militar. Esta situación cambió durante los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial, cuando los líderes militares estadounidenses finalmente concluyeron que las mujeres militares representaban un bagaje de talento y de competencia y que eran personas sumamente motivadas. El tema de las mujeres en las Fuerzas Armadas cambió desde entonces. Se han sostenido muy pocos debates formales sobre la decisión de determinar si las mujeres deberían servir en las Fuerzas Armadas. Más bien, el tema ha pasado a ser una interrogación y determinación sobre el tipo de limitaciones que deben imponerse para ello.

Los estudios militares son propios de la historia de las mujeres, porque sirven para iluminar las condiciones sumamente deprimentes bajo las cuales han prestado servicio las mujeres, en apoyo de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. Un conocimiento más profundo de esta faceta de la historia nos puede servir para aportar información al debate actual acerca de la participación de las mujeres en las Fuerzas Armadas y nos abre un campo muy útil de estudio para las mujeres que deseen ingresar a las Fuerzas Armadas. **MR**

## NOTAS

1. Robert H. Wiebe, *The Search for Order, 1877-1920* (New York: Hill and Wang, 1967), 122. En lo referente a las expectativas de la mujer, Wiebe describe la "imagen tradicional de las mujeres como madres tiernas, ángeles de caridad y guardianes de la moral... Los [hombres] por lo general no se sentían amenazados sino hasta que las actividades de las mujeres fueron más allá del estereotipo."
2. C. R. Shrader, *U.S. Military Logistics, 1607-1991* (Nueva York: The Greenwood Press, 1992), 299-301; *Jane's Fighting Ships of World War I, 1919* (Nueva York: Military Press, 1990), 129; A. R. Millett y P. Maslowski, *For the Common Defense: Military History of United States of America* (Nueva York: The Free Press, 1984), página 76. En 1776, el pequeño Ejército regular de los EE.UU., incluso los civiles, se componía de un poco más de 89.000 personas. Para 1918, este número aumentó a 2.400.000. En 1775, la Armada Continental era simplemente un conjunto de embarcaciones de poco calado, de embarcaciones de pesca, de barcos costeros y de cañoneros rápidos. Ya en 1918, la Armada de los EE.UU. poseía cuatro escuadrones de embarcaciones de combate, dos fuerzas de cruceros, dos escuadrones de destructores y dos fuerzas de submarinos.
3. W. Millis, *Arms and Men: A Study in American Military History* (Nueva Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press, 1957), páginas 23 a 24 y 35; J. L. Abrahamson, *The American Home Front* (Washington, DC: National Defense University Press, 1983), 9. Durante la guerra, el Ejército Continental y la milicia mantuvieron el dominio de hombres blancos físicamente capacitados.
4. Abrahamson, página 11.
5. William W. Fowler, *Frontier Women: An Authentic History of the Courage and Trials of Pioneer Heroines of Our American Frontier* (Stamford, NY: Longmeadow Press, 1995), páginas 136 a 137.
6. Abrahamson; J. K. Mahon, *History of the Militia and the National Guard* (Nueva York: Macmillan, 1983), página 43.
7. Carol Myowitz y Michaele Weissman, *A History of Women in America* (Nueva York: Bantam Books, 1978), página 29; Millett y Maslowski, página 57.
8. Hymowitz y Weissman, página 31.
9. *Ibidem.*; J. Holm, *Women in the Military: An Unfinished Revolution* (Novato, CA: Presidio Press, 1982), página 3; R. Leckie, *The Wars of America*, Vol. 1 (Nueva York: HarperPerennial, 1992), página 185. A esta historia se le llamó la "leyenda de Molly Pitcher." Sin embargo, el verdadero personaje histórico existió. El Estado de Pennsylvania le otorgó a Molly Hays una pensión por servicios prestados durante la Guerra Revolucionaria.
10. Fowler, páginas 125 a 126.
11. Holm, página 5; Hymowitz y Weissman, página 31. Al terminar la guerra, Paul Revere ayudó a Samson a obtener una pensión de veterano de ambos gobiernos, del Federal y del Estado de Massachusetts.
12. Elizabeth Cometti, "Women in the American Revolution", *New England Quarterly* (Septiembre de 1947), página 330; Abrahamson, página 6.
13. Fowler, página 145 a 146.
14. Abrahamson, página 10; Hymowitz y Weissman, página 26. Las mujeres también organizaron comités para confeccionar uniformes para los soldados de los EE.UU.
15. E. Risch, *Supplying Washington's Army* (Washington, DC: Oficina de Publicaciones del Gobierno, 1981), páginas 25, 326, 329.
16. S. Mintz y S. Kellog, *Domestic Revolutions: A Social History of American Family Life* (Nueva York: The Free Press, 1988), páginas 49 a 51. Los trabajos de maestro estaban reservados para las mujeres de la clase media y, con la industrialización en aumento en los EE.UU., los trabajos de manufactura de textiles y doméstico quedaron a disposición de las mujeres de clase trabajadora.
17. Millett y Maslowski, página 92.
18. E. Coffman, *The Old Army: A Portrait of the American Army in Peacetime, 1784-1898* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), página 26; Mahon, páginas 50 a 51.
19. *Ibidem.* Unas cuantas mujeres escaparon. "Redheaded Nance" perdió su bebé durante el combate pero logró escapar y salvar su vida.
20. Coffman, páginas 25 a 26.
21. Lucy Brewer, *The Female Marine* (Nueva York: Da Capo Press, 1966), xv; J. A. Willenz, *Women Veterans: America's Forgotten Heroines* (Nueva York: Continuum Publishing Company, 1983), página 12; Coffman, página 40. Se dice que Lucy Brewer se disfrazó de hombre y prestó servicio militar en el barco *USS CONSTITUTION* en la Guerra de 1812. La historia de Brewer tuvo un efecto que traspasó los anales de la historia militar de los EE.UU.: ejerció influencia que traspasó más allá de la historia militar de los EE.UU.; influyó también en el arte de componer baladas. El historiador Alexander Medlicott dijo, "Hay una rica tradición en las baladas estadounidenses que nos habla de las mujeres que se disfrazaban como soldados o marinos con el fin de acompañar a sus esposos al combate... La carrera de Lucy—su disfraz militar, su enganche como marinero que prestó servicio a bordo de "Old Ironsides" son singulares en nuestra literatura ya que en ningún trabajo de ficción estadounidense [antes] de 1815, se había explotado el tema de la mujer guerrera... [La] Infante de Marina representa un aporte, si bien ignorado, a la historia de la literatura estadounidense."
22. Leckie, páginas 274-75.
23. James J. Farley, "The Frankford Arsenal, 1816-1870: Industrial and Technological Change" (Philadelphia, PA: Disertación en Temple University, para optar por el título de Doctor en Filosofía; 1991), páginas 95 a 96.
24. Leckie, página 332. Un mayor Brown era el comandante del Fuerte Texas. Brown sucumbió al combate. Acto seguido se le cambió el nombre al Fuerte Texas y se le llamó Fuerte Brown en honor a Brown.
25. Holm, 5; Leckie, página 332.
26. G. T. Ness, *The Regular Army on the Eve of the Civil War* (Baltimore, MD: Toorney Press, 1990), página 24.
27. J. V. Murray y J. Swantek, editor *The Watervliet Arsenal* (Watervliet, NY: Oficina de Asuntos Públicos, 1813-1993), páginas 97 a 98, y 101.
28. Abrahamson, 73. La influencia de las mujeres en los trabajos industriales que tenían que ver con la defensa del país no serían igualados de nuevo, sino hasta la Segunda Guerra Mundial.
29. J. Swisshelm, "From Family Nursing to Volunteer Nursing in the Civil War," *The Female Experience: An American Documentary*, Gerda Lerner, editora (Indianapolis, IN: The Bobbs-Merrill Company, Inc.), páginas 180 a 181; Hymowitz y Weissman, página 106.
30. L. P. Brocket, *Women at War: A Record of Their Patriotic Contributions, Heroism, Toils and Sacrifice During the Civil War* (Woodbury, CT: Platinum Press, 1993. Publicado originalmente en 1868); Swisshelm, páginas 180 a 181. Por lo general, las enfermeras no disfrutaban de sueldo por los servicios que prestaban. En 1892, el Congreso de los EE.UU. finalmente aprobó una ley que autorizaba una pensión de US\$12.00 por mes a las enfermeras de la Guerra Civil.
31. Hymowitz y Weissman, página 141.
32. Abrahamson, página 72. Sólo unas cuantas mujeres abiertamente prestaron servicio en combate en calidad de mujeres. Otras se disfrazaron de hombre para combatir. Abrahamson calcula que 400 mujeres se disfrazaron de hombre.
33. Brocket, página 47.
34. *Ibidem.*, páginas 81 a 82.
35. *Ibidem.*
36. Coffman, página 308. En 1891, 14.400 soldados estaban acantonados en fuertes militares del Ejército ubicados en la región occidental del país. Se calcula que el total de mujeres llegó a un total 5.000.
37. *Ibidem.*
38. D. Rickey, *Forty Miles a Day on Beans and Hay* (Norman, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1963), página 28.
39. Coffman, página 308.
40. Rickey, página 28.
41. Alice Echols, "Feminist Movement", *The Reader's Companion to American History*, Eric Foner y John A. Garraty, editores (Boston, Massachusetts: Houghton, Mifflin Company, 1991), página 392.
42. Mahon, página 150.
43. R. Hostadter, editor *Great Issues in American History: From Reconstruction to the Present Day, 1864-1981*. Tercera edición (Nueva York: Vintage Books, 1982), páginas 172 a 173.
44. G. J. A. O'Toole, *The Spanish War: An American Epic 1898* (Nueva York: W. W. Norton Company, 1984), página 375. El número total de muertes ocurridas en el Ejército a causa de enfermedades y otras causas ajenas al combate desde finales de abril hasta finales de septiembre de 1898 ascendió a 2.565. Casi 365 hombres murieron en combate a causa de las heridas que recibieron. En esa época, el número total de soldados que tenía el Ejército era de 274.717 militares.
45. Willenz, páginas 13 a 14; G. A. Cosmas, *An Army for Empire: The United States Army in the Spanish-American War* (Columbia, Missouri: University of Missouri Press, 1971), página 294. La doctora Anita Newcomb McGee fue nombrada directora del nuevo cuerpo de enfermeras civiles, y más de 1.500 enfermeras prestaron servicio en el Ejército como enfermeras contratadas bajo su dirección.
46. Willenz, página 14.
47. Charlotte Palmer Seely, Virginia C. Purdey, y Robert Gruber, editores, *American Women and the U.S. Armed Forces* (Washington, DC: National Archives Trust Fund Board, 1992), página IX.
48. Holm, página 9.
49. *Ibidem.*, páginas 9 a 10. Justo antes que los EE.UU. entraran a la Primera Guerra Mundial, la Armada estableció una política que permitía a las mujeres ingresar a las filas de la Reserva de la Armada como escritoras, electricistas de radio o para desempeñar funciones similares.
50. *Ibidem.*
51. J. J. Pershing, *My Experiences in the World War* (Nueva York: Frederick A. Stokes Company, 1931), página 327.
52. *Ibidem.*
53. Holm, páginas 9 a 10.
54. *Ibidem.*

*El capitán Stephen C. Small, retirado del Ejército de los EE.UU., es Oficial de Enlace del Ejército de EE.UU. para Operaciones Especiales, en la Oficina del Programa de Armas de Pequeño Calibre de Servicios Conjuntos en el Arsenal de Picatinny en Nueva Jersey. Small se graduó de bachiller universitario de la Universidad del Estado de Nueva York, obtuvo título de Master de la Universidad de Oklahoma y un Doctorado en Filosofía del Instituto The Union. Prestó servicio militar en el Ejército de los EE.UU. desde 1977 hasta 1989 y se graduó de la Escuela de Plana Mayor y de las Armas y Servicios Combinados del Ejército de EE.UU. en el Fuerte Leavenworth, Kansas.*